

9

LAUREANO VALLENILLA LANZ

EL LIBERTADOR
juzgado por los miopes

615

MCMXIV
Lit. y Tip. del Comercio.
CARACAS

LAUREANO VALLENILLA LANZ.

EL LIBERTADOR

juzgado por los miopes

*Obsequio para el Instituto de O.
Jesús del Camino -*



MCMXIV
Lit. y Tip. del Comercio.
CARACAS

EL IMPERIO DE LOS ANDES

El señor don Carlos A. Villanueva, apreciable compatriota nuestro, miembro correspondiente de varias Academias de Historia, acaba de lanzar al público el cuarto volumen de su obra *La Monarquía en América*, bajo el título de *El Imperio de Los Andes*.

Siempre hemos tenido los más sinceros aplausos para la infatigable y abnegada labor del señor Villanueva, quien durante largos años, y sin especial remuneración, se ha dedicado a solicitar en los archivos diplomáticos de Francia e Inglaterra, la documentación relativa a la revolución de la Independencia de Hispano - América, y muy en particular la de las Repúblicas llamadas bolivianas, hasta la disolución de la Gran Colombia en 1830.

Para mayor honra de nuestro amigo y compatriota y para mejor provecho de la Historia Hispano - Americana, habríamos siempre deseado que se limitase a su oficio de investigador y de erudito, es decir: aplicando las reglas ya establecidas por los hombres de ciencia a la crítica de los documentos tan laboriosamente recopilados, a fin de darlos al público en toda su pureza, en el propio idioma en que están escritos y con las anotaciones y aclaratorias que fueran sugiriéndole las operaciones concernientes a la Metodología; sobre todo en la crítica de *proveniencia* y de *interpretación*, cuyo principal instrumento es el *análisis interno* del documento, tratando de poner de relieve todos los indicios propios, no sólo a la personalidad del autor, sino al tiempo, a las circunstancias y a las influencias de todo género que pudieron pesar sobre él. Esta operación es tan delicada como laboriosa tratándose, principalmente, de Agentes diplomáticos europeos, en la época de mayores luchas y de transformaciones más rápidas y trascendentales que registra la historia moderna. Respecto de Francia, por ejemplo, hay que distinguir la enorme diferencia de apreciaciones que podían sugerir los hombres y los hechos de la Revolución de Hispano - América, a los Agentes

Diplomáticos de los diversos regímenes que se sucedieron en aquella nación hasta 1830. ¿Podía pensar y opinar de igual manera un Agente de Napoleón y uno de Luis XVIII o Carlos X? E iguales reservas deben tenerse respecto a las declaraciones que el Libertador Simón Bolívar se vió en el caso de hacer a cada uno de aquellos espías y Agentes Diplomáticos, que venían a América a inspeccionar la marcha de la Revolución, o a disputarse la influencia de sus respectivos Gobiernos, pues aunque de un modo que pudiéramos decir indirecto, la Revolución de la Independencia hispano-americana representó un papel muy interesante en las diversas facetas de la política europea en toda aquella época. Villanueva ha recogido a este respecto datos preciosos.

Pero poseído quizás del temor, muy infundado, de que una recopilación de documentos debidamente analizados, no le diera nombre sino entre un reducido círculo de gentes del oficio, dejándole ignorado para el gran público, nuestro apreciable compatriota se lanzó a escribir libros, sin haberse tomado el tiempo necesario para adquirir la difícil preparación que en la actualidad requiere el historiador, si sueña con hacer obra útil y duradera. En la técnica y en el estilo mismo, se echa de ver la falta de una educación apropiada. Porque si es cierto que la historia ha dejado de ser un arte literario con tendencias apologéticas o pretensiones didácticas, su aspiración actual a convertirse en una ciencia, en un instrumento de cultura intelectual, como dijo Renán, requiere entre otras cosas un estilo claro y preciso: *Il n'a a pas d'historien complet sans une bonne langue*. Esto ha sido escrito por dos profesores de la Sorbona, a quienes el señor Villanueva habrá tenido ocasión de oír muchas veces.

Una idea preconcebida se descubre desde luego en su obra. La de comprobar que todos los hombres conspicuos de la Revolución, y en particular Bolívar y San Martín, fueron partidarios de la monarquía. El segundo para colocar en las naciones recién emancipadas del extremo Sur, príncipes europeos; el primero, en provecho propio, apareciendo por este solo hecho como uno de los más grandes farsantes que haya producido la humanidad.

Nada más natural que el señor Villanueva cayera en el mismo garlito en que han caído todos aquellos que comienzan por establecer un método, una doctrina, un plan, una tesis, para solicitar después los hechos que deban servirles de comprobación. Con una preocupación semejante se llega al extremo de no ver en los documentos sino lo que convenga a la idea preconcebida, y de tomar como artículo de fe cuanto se halle escrito en su favor, sin tomar en cuenta al autor, ni al momento, ni al interés que sirvió de móvil. Quienes así proceden, dice Fustel de Coulanges (1), corren el riesgo de no comprender los textos o de comprenderlos falsamente. Entre el texto y el espíritu prevenido que le lee, se establece una especie de conflicto indefinible; el espíritu se resiste a comprender lo que es contrario a su idea, y el resultado más frecuente de este conflicto no es que el espíritu se dé cuenta de la claridad del texto, sino que más bien el texto ceda, se pliegue, se acomode a la opinión preconcebida por el espíritu.... Poner sus ideas personales

(1) *Monarchie franque*, p. 31.

en el estudio de los documentos, es un método puramente subjetivo. Se cree mirar un objeto y es su propia idea lo que se mira; se cree observar un hecho y este hecho toma inmediatamente el color y el sentido que el espíritu quiere que tenga: se lee un texto y las frases de ese texto toman una significación particular según la opinión anterior que se haya formado de él." Desde Taine hasta Carlos Villanueva (y la escala es un poco más larga que la de Jacob,) es éste el error en que han incurrido todos los historiadores, que alguien, no sé si con toda propiedad, ha llamado *esquemáticos*.

Por eso estamos lamentando muy sinceramente, que nuestro compatriota no haya publicado completos los textos en que apoya su argumentación, pues llegará el caso, si sus libros se popularizan y van, como es probable, a reforzar el arsenal de que disponen hoy los calumniadores del Libertador, de que algunos de los que por nuestros estudios nos hallamos situados en un terreno un poco más amplio, nos veamos forzados a hacer un análisis crítico de las fuentes históricas de Villanueva, como se ha hecho ya con las del gran maestro de *Los Orígenes*. Y quien sabe si hasta se llegaría a dudar de su buena fe, pues los que no se dan cuenta exacta de la perturbación que producen, hasta en cerebros privilegiados esos métodos apriorísticos, no se explicarán cómo ha podido el señor Villanueva llegar al extremo de lanzar, por ejemplo, esta afirmación audaz y calumniosa que viene a ser como la síntesis de toda su labor y que coloca a Simón Bolívar, al Libertador y Padre de cinco naciones, muy por debajo de todos los ambiciosos, de todos los aventureros, de todos los Sforzas de la historia. Según el señor Villanueva, lo único que detuvo a Bolívar para ceñirse la corona de Colombia o la del Imperio de Los Andes (?) fué EL TEMOR DE QUE LOS COLOMBIANOS LE FUSILASEN COMO LOS MEXICANOS A ITURBIDE!!! (Pág. 69). ¿Cómo fué que un patriota venezolano como el señor Villanueva no rompió la pluma en mil pedazos antes de estampar esa horrible acusación, que jamás llegó a cruzar por la mente de los más cínicos calumniadores del Libertador? ¿Qué diría, si viviera, el eminente Doctor Laureano Villanueva, al ver a su amado hijo Carlos convertido en detractor de Bolívar, cuando él, poseído de una gran admiración que rayó en el delirio, lo consideró *ocupando un reino aparte entre los hombres y Dios?*

Pero se dirá que el autor de "El Imperio de Los Andes," apoya su aseveración en un documento, en tanto que su señor padre el Doctor Villanueva, se dejó arrastrar por el lirismo característico de los historiadores a la antigua; y en este punto debemos confesar que el documento existe; sólo que el señor don Carlos A. Villanueva, víctima del fenómeno que los eruditos alemanes llaman *hineinlesen*, lo leyó al través de su preocupación.

Cuando Bolívar, sorprendido por la carta de Páez en que le proponía la Dictadura o la Monarquía, se la envió a Santander, con un propósito que nadie está autorizado a presumir, porque las suposiciones no tienen valor en Historia, le escribe entre otras cosas: "Yo diré al General Páez, que haga dirigir la opinión hacia mi Constitución boliviana que reúne todos los extremos y todos los bienes, pues hasta los federalistas hallan

en ella sus deseos en gran parte; y que en el año 31 puede hacerse una reforma favorable a la estabilidad y conservación de la República. *Que debe* (Páez) *temer lo que Iturbide padeció por su demasiada confianza en sus partidarios*; o bien debe temer una reacción horrible de parte del pueblo por la justa sospecha de nueva aristocracia destructora de la igualdad." Es de allí, de esa sola frase que hemos puesto en bastardilla, de donde el señor Villanueva deduce la peregrina imputación. Obcecado con su idea de la *Corona*, no vió, no pudo ver que no era Bolívar — que preveía las funestas consecuencias de aquel plan — quien abrigara el temor de correr la suerte de Iturbide, sino que presentaba el ejemplo a Páez, como un medio de contenerlo en las pretensiones monárquicas o dictatoriales que le habían sugerido sus amigos (de Páez) *los demagogos*, y que se hallaban *disfrazadas* en la carta que le había llevado Guzmán. La hermenéutica no puede ser más singular. " Luego encontraréis — dice Villanueva analizando la carta del Libertador a Santander — luego encontraréis expuesto el temor de que si acepta la corona, lo fusilen los colombianos, como los mexicanos a Iturbide. Es el banquillo de éste (!!!!) uno de los obstáculos que lo detienen. . . . " Y cada vez más obcecado lanza esta otra calumnia contra los más fieles amigos de Bolívar, contra los que al través de todas las vicisitudes lo acompañaron no sólo hasta la hora de la muerte, sino que conservaron su amor y respeto por las glorias del Grande Hombre, " fieles guardadores del sacro fuego boliviano, " al extremo de arrostrar las más crueles persecuciones, por parte de los antiguos enemigos de la Independencia, apoderados del Gobierno en Venezuela y en Nueva Granada, por una de esas consecuencias fatales de las guerras civiles. " poca fe — continúa diciendo Villanueva — tenía (Bolívar) en la amistad, el agradecimiento, y la consecuencia de los hispano - americanos, lo cual explica su constante reserva con colombianos y peruanos. Los hombres de confianza que tiene al lado suyo, sus edecanes, en cuya lealtad creía, eran extranjeros: O'Leary, Wilson, Ferguson, Perú de la Croix. Cuando abre su corazón en los asuntos trascendentales, políticos o diplomáticos, lo hace solamente con ingleses como el capitán Malling, o con el Cónsul general Rickettes, o el Ministro Cockburn; o con franceses como el capitán de Moges, o el contralmirante Rosamel, o el cónsul general Buchet - Martigny, o el agente de Carlos X, Mr. Bresson. . . . "

¡Qué deshonor tan grande, qué mancha tan negra arroja el señor Villanueva sobre las glorias más puras de la Independencia! Casi todos los grandes patriotas: Sucre, Urdaneta, Salom, Mosquera, Restrepo, Briceño Méndez, Peñalver, Tanco, Castillo, Fernández Madrid, Diego Ibarra y mil más a quienes la historia no puede enrostrarles una sola falta de lealtad, resultan ahora, según la hermenéutica de don Carlos Villanueva, que no eran en el concepto de Bolívar sino unos grandes falaces indignos de merecer su confianza.

Pero no es así, seamos justos; Villanueva no llegó a darse cuenta de toda la trascendencia, de todo el deshonor que envuelven para la Patria sus inconsultas afirmaciones; y sería crueldad que nos convirtiéramos en sus acusadores sistemáticos cuando pueden alegarse

en su favor circunstancias atenuantes. Nuestro amigo, hombre excelente, apacible, de austeras costumbres, amante de la Patria y del hogar, y que mira la vida con los ojos del personaje de *Cándido*. "Tout est pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles," se sorprenderá al leer estas líneas, y exclamará lleno de pena: "Pero si no fué eso lo que yo quisiera decir!" Casi estamos tentados a creerle víctima de la llamada *enfermedad de Froude*, entidad nosológica mucho más común de lo que parece y que trae su nombre de un renombrado historiador inglés, quien no obstante poseer grandes dotes, estaba condenado a no afirmar nada que no fuera erróneo. Reconociendo la utilidad de la crítica, y habiendo sido uno de los primeros que fundaron en Inglaterra el estudio de la historia sobre el de los documentos originales, tanto inéditos como publicados, la conformación especial de su espíritu le hacía incapaz de purificar los textos; muy al contrario, los adulteraba involuntariamente, falseando todos sus conceptos. Del mismo modo que el daltonismo, esa afección de los órganos visuales que impide distinguir correctamente los discos rojos de los verdes, y que es redhibitoria para los empleados de ferrocarriles, la enfermedad de la inexactitud, o el mal de Froude, que como se ve, no es muy difícil de diagnosticar, debe ser considerado incompatible con el oficio de erudito y de historiador. (Véase *Introduction aux Etudes Historiques*, par Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos.)

Una consecuencia absolutamente lógica y que reduce a la nada los argumentos del señor Villanueva en favor de su tesis surge de todo lo expuesto: Si al leer un documento escrito en su lengua nativa, como es la carta de Bolívar al General Santander, cae en errores tan garrafales ¿qué no le habrá sucedido con todos los documentos escritos en inglés y en francés, y de los cuales se contenta casi siempre con citar únicamente los archivos en que reposan? Algunos de los documentos que trae en el apéndice de este volumen y que él traduce en el texto, robustecen esta deducción.

Ahora bien: no vamos nosotros a caer en la discusión bizantina de que si el Libertador fué o nó partidario de la Monarquía. Echarle en cara su inclinación a aquel sistema de Gobierno, su ambición a proclamarse Rey o Emperador de las Américas, no es otra cosa que renovar las viejas imputaciones de Ducoudray - Holstein, el General Morillo y José Domingo Díaz, (2) en lo cual incurrían no sólo el señor Villanueva, de cuya absoluta honradez salimos garantes, sino muchos otros escritores de una mentalidad muy inferior, como el señor Tavera - Acosta, y la monotonera de escritorzuelos argentinos, que se figuran realzar la grandeza efectiva de su país con el descrédito de los otros pueblos latino - americanos y en especial de Venezuela, que tiene para ellos el gran delito de ser la Patria del Libertador.

Basta leer con criterio sereno toda la documentación política y mucha de la correspondencia privada de Bolívar, para convencerse de que una alta y libérrima mentalidad como la suya no podía encerrarse en los estrechos moldes de los fabricantes de constituciones, ni apegarse

(2) Ya hemos tratado someramente este asunto en un fragmento que publicamos en "El Cojo Ilustrado" Núm. 482, titulado: *Simón Primero, Rey de las Américas*.

sistemáticamente a ninguno de los prejuicios políticos que entonces dominaban los espíritus, y que todavía abrigan los que ignoran los adelantos de las ciencias políticas y sociales. No fué nunca monarquista, porque además de estar hasta cierto punto influido por las ideas más avanzadas de su época, comprendió desde el primer momento, que nuestros pueblos carecían en absoluto de los elementos de conservación social, que pudieran servir de base firme al establecimiento de un trono. El fué el primero en descubrir y en exponer, acaso con excesiva claridad, el carácter social de la magna lucha, sobre todo en Venezuela. No fué tampoco partidario de la democracia pura, porque habiendo vivido en medio de nuestros pueblos heterogéneos, no necesitó, como Napoleón, ver de cerca a los hombres de *raza inferior* (3) para darse cuenta de las ideas sofisticadas de Juan Jacobo.

Como los actuales partidarios de la sociología orgánica, Bolívar creía que la estabilidad y el funcionamiento ordenado de nuestras nacientes repúblicas, necesitaba de la formación de una *élite* que representara en el Gobierno el mismo papel que el cerebro en el organismo individual. De allí su idea del Senado hereditario y el Poder Moral. " No es una nobleza — dijo en Angostura — la que pretendo establecer, porque como ha dicho un célebre republicano, sería destruir a la vez la igualdad y la libertad. Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber y los medios proporcionados para adquirir su instrucción. Todo no se debe dejar al acaso y a la aventura de las elecciones: el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte; y aunque es verdad que estos senadores no saldrían del seno de las virtudes, también es verdad que saldrían del seno de una educación ilustrada." Bolívar solicitaba por esos medios la manera de detener esa " ascensión política y social sin selección y sin esfuerzo depurador," que ha sido la característica de las modernas democracias, y contra lo cual protestan hoy a la vez los hombres de Estado y los hombres de ciencia.

Con su visión, siempre genial, comprendió que ninguna forma clásica de gobierno convenía a un pueblo que no era " ni el europeo, ni el americano del Norte; que más bien es un compuesto de Africa y América que una emanación de la Europa, pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar a qué familia humana pertenecemos." Consecuente con estos principios emanados de la observación exacta de los hechos, sin dogmatismos ni prejuicios, consideraba que " la diversidad de origen, *la visible diferencia de la epidermis*, produciendo un reato de la mayor trascendencia, requería un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado, para manejar esta sociedad heterogénea, cuyo complicado artificio se disloca, se disuelve con la más ligera alteración."

Podía pensar acaso en transplantar sin discernimiento, instituciones extrañas a un pueblo tan bien conocido por él y analizado, cuando sabía " que los códigos, los sistemas, los estatutos por sabios que sean son obras

(3) Tomamos aquí como en todos nuestros estudios, el concepto de *raza* por tipo de cultura, en un sentido puramente sociológico.

muestras que poco influyen sobre las sociedades?" Las etiquetas gubernativas importan poco, están diciendo ahora los sociólogos. El lo expresó en estos términos elocuentísimos: "Que no se pierdan las lecciones de la experiencia y que las escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América, nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas y sobre todo útiles; no olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política." (4).

Es imposible hallar en ningún conductor de pueblos, en ningún jefe de revolución una ecuanimidad de ideas y de principios más perfecta que la de Simón Bolívar. Los escritores que han estudiado conscientemente el desenvolvimiento de su personalidad, encuentran que las ideas emitidas por el coronel escapado de las guerras de Monteverde en 1812, explicando desde Cartagena de Indias a los ciudadanos de la Nueva Granada las causas que produjeron la pérdida de la primera República venezolana, son las mismas del fundador de la Gran Colombia en 1819 en el mensaje ante el Congreso de Angostura, y las que en 1825 condensó el creador de Bolivia en la célebre y discutida Constitución que dictó para aquel Estado.

Pero esa ecuanimidad no provenía de un apego servil a ninguna doctrina, a ninguna teoría especulativa de gobierno; la firmeza de sus ideas se fundaba en causas verdaderas, en hechos tangibles observados con una amplísima libertad de criterio, que debía acarrearle la impopularidad entre hombres, afectados de una "ceguera natural y definitiva" y que habían llegado, como Sismondi, a decretar la felicidad y la virtud, creyendo desgraciadamente en la panacea de las Constituciones. Las convicciones del Libertador eran absolutamente opuestas; y por esa causa fué original en sus planes de gobierno. Casi en la misma época en que dictaba la Constitución boliviana, sin creer que con aquel, su *delirio legislativo*, aseguraba la dicha de los pueblos emancipados, decía al Comodoro Hul (Cita de Cevallos — Resumen de Historia del Ecuador, tomo IV, página 8^a): "Estos países no pueden progresar en los primeros cien años, pues es preciso pasen dos o tres generaciones. Se debe fomentar la inmigración europea y de la América del Norte para que establezcan aquí las ciencias y las artes. Con esto, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y matrimonios con europeos y anglo-americanos, cambiará el carácter del pueblo, y será libre y feliz." (5).

¿ Por qué no consultar los documentos en que el Libertador expuso

(4) Estas ideas las tenemos ampliadas en un estudio titulado *El Libertador y la Ciencia Moderna*.

(5) En la República Argentina se están comprobando estas sabias previsiones del Libertador. Los hombres de ciencia de aquel gran país, los representantes de su intelectualidad, que no se llaman Lavillar ni López Prieto, confiesan libremente que sólo la enorme inmigración europea, modificando junto con la constitución étnica el ambiente social y económico de la nación, puede hacer posible el libre funcionamiento de las instituciones democráticas.



francamente sus ideas, antes de ir, como lo ha hecho el señor Villanueva, a tomar como artículo de fe las declaraciones interesadas que se veía obligado a hacer a los agentes extranjeros? Y muy poca cosa encontré en ellas nuestro compatriota, a pesar de su preocupación, cuando el argumento Aquiles de su tesis ha venido a fundarlo en un documento archiconocido, que desgraciadamente leyó al revés.

Repetimos que no es nuestro propósito entablar discusiones bizantinas; pero es necesario que recordemos a los neo-detractores del Libertador, la carta que en 13 de setiembre de 1829, quince meses antes de morir, escribió desde Guayaquil al General O'Leary uno de los pocos, en quien por su calidad de extranjero, según el señor Villanueva, reposaba entera confianza — y en la cual reproduce una vez más sus ideas del discurso de Angostura. "Yo no concibo — le dice — que sea posible *siquiera* establecer un Reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas reclaman esta prerrogativa con derechos incontestables; pues la igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza. Además: ¿quién puede ser Rey en Colombia? Nadie a mi parecer, porque ningún príncipe extranjero admitiría un trono rodeado de peligros y miserias; y los Generales tendrían a menos someterse a un compañero y renunciar para siempre la autoridad suprema. El pueblo se espantaría con esta novedad, y se juzgaría perdido por la serie de consecuencias que deduciría de la estructura y base de este gobierno. Los agitadores conmoverían al pueblo con armas bien alevosas y su seducción sería invencible, porque todo conspira a odiar ese fantasma de tiranía que aterra con el nombre solo. La pobreza del país no permite la erección de un Gobierno fastuoso, y que consagra todos los abusos del lujo y la disipación. La nueva nobleza indispensable en una Monarquía, saldría de la masa del pueblo, con todos los celos de una parte y toda la altanería de la otra. Nadie sufriría sin impaciencia esta miserable aristocracia cubierta de pobreza y de ignorancia, y animada de pretensiones ridículas.... No hablemos más por consiguiente, de esta quimera." (6).

Y es de este observador perspicaz de su medio, de este psicólogo profundo de su pueblo, de quien el señor Villanueva dice que sólo el temor *al banquillo* pudo detenerlo en la insensata ambición de ceñirse una corona!!

LAUREANO VALLENILLA LANZ.

Caracas: 1914.

(6) Publicada en "El Porvenir," de Bogotá, Núm. 44, del 18 de diciembre de 1855 y reproducida por el señor C. F. Witzke en la "Gaceta de los Museos Nacionales," Núm. 12. Caracas: 24 de junio de 1913.

UN DETRACTOR CONTUMAZ

Seis compactas columnas de *El Universal* ocupa el escrito en que el señor don Carlos A. Villanueva, pretende rebatir las observaciones que nos permitimos hacerle, al emitir un juicio demasiado lene y piadoso sobre su último libro, "El Imperio de Los Andes."

Parece que su propósito primordial ha sido el de establecer una especie de paralelo entre él y nosotros, porque casi todo el artículo se lo lleva en una enumeración muy poco modesta de sus triunfos literarios y científicos, y en presentarnos a nosotros, completamente ayunos de toda esa infusa ciencia en que él abunda. A veces, como que quisiera también zaherirnos, pero esto último no se ve muy claro al través de la espesa maraña de su galimatías. La ironía reclama sobre todo una gran fineza de espíritu.

¿Qué tiene que ver nuestra poca erudición en este asunto, cuando las enormidades que el señor Villanueva ha lanzado en sus libros saltan a la vista de todos? Muchísimas personas de muy diversa condición intelectual, comenzando por doctos académicos de la Historia y de la Lengua, encontraron muy merecida nuestra crítica, y algunos lamentaron que no hubiera sido una sobarbada en toda forma. Imposible sería hallar un solo venezolano cuerdo y patriota, que no se sienta indignado ante las calumniosas afirmaciones de este peregrino adorador de Bolívar, que después de haberle arrastrado por los suelos hace que Flammarion le mande a pasear por las estrellas, en solicitud de aquel *Reino Aparte*, que ya le había sido designado por el noble lirismo del doctor Laureano Villanueva. Don Carlos confiesa en un hilarante párrafo con pujos literarios y que en la pluma nuestra habría resultado de irónico, que es cosa patrimonial eso de andar solicitándole mansión al Libertador en las regiones celestes o siderales, y asegura que el planeta Boliviana ilumina con su propia luz los espacios infinitos, lo cual constituye un descubrimiento mucho más notable que la cobardía del Libertador, ya

que parecía cosa averiguada, que los planetas eran tan opacos cual la mente de tantos académicos, productores incansables de libros insulsos y disparatados, que sólo brillarían y harían ruido vendiéndoles para cohetes, según dijo don Francisco de Quevedo.

No vamos de ninguna manera a contestar a don Carlos sus pinicos de ironista, ni mucho menos a discutirle sus glorias ni sus triunfos. Nos basta observar, que un autor de tan numerosos libros, un miembro de tantas academias, un conferencista de la Sorbona, un Doctor de la Facultad de Letras de París, confiese, y lo compruebe superabundantemente, que no es sabio, ni historiador, ni literato, ni se cuide para nada del estilo. Y esto último lo dice desde la patria de Taine y de Renan, un compatriota de Andrés Bello y Rafael María Baralt!

Venimos únicamente a decir a todos aquellos que nos hayan hecho el favor de leer nuestro primer artículo, cuánto deploramos el haberle solicitado circunstancias atenuantes a las inauditas imputaciones del señor Villanueva, no sólo contra el Libertador y contra muchos de sus distinguidos colaboradores, sino contra el sentido común más rudimentario. Creíamos que al leer nuestro artículo se arrepentiría de haber lanzado el exabrupto de llamar cobarde a Simón Bolívar, afirmando que después de haber solicitado el apoyo de las cortes europeas y de los cañones ingleses para proclamarse Rey de Colombia o Emperador de Los Andes, desmintiendo sus constantes declaraciones y hasta sus diatribas contra la monarquía de Hispano-América, no tuvo ni siquiera, a la hora llegada, el valor de arrostrar las consecuencias de su loca y falaz ambición. (Singular penetración psicológica la de este omnisciente don Carlos que viaja con Flammarion por los *jardines de flores celestes*, y hace al mismo tiempo trabajo de buzo, toca la piedra(?) y saca algunas nuevas *floreóllas oceánicas*). Creíamos que confesaría patrióticamente la ligereza de haber llamado traidores a los más fieles amigos de Bolívar, eminentes servidores de la Independencia. Y que por último convendría en que leyó al revés la carta de Bolívar a Santander. Pero muy al contrario, lo sustancial de su artículo se reduce a reafirmar sus arbitrarios juicios, confesando que son el producto de una *larga meditación*, y que ya en uno de sus libros había escrito que "el desastre de Iturbide influyó decisivamente en el ánimo de Bolívar para acceder a subir a uno de los varios troncos que se le ofrecieron," y señala como desleales a Mosquera, a Restrepo, a Urdaneta, a Castillo y a Briceño Méndez, a quien echa en cara, que cinco años después de la muerte del Libertador, promoviera una revolución en que figuró Pedro Carujo. Movimiento que fué en parte, una reacción del partido patriota contra los antiguos realistas y los *patriotas nuevos* (como se decía entonces) apoderados del gobierno. Después de todas estas agravantes declaraciones, nosotros no podemos menos de entregar sin defensa al señor don Carlos A. Villanueva al juicio inexorable de nuestros compatriotas y de cuantos admiren conscientemente al Libertador.

Nada más sensible para nosotros que a nuestro antiguo amigo le haya cegado la ira hasta el punto de tergiversar una frase nuestra para decir que le hayamos calificado de *cinico calumniador*, y de corresponder

con desahogos personales a los muy justos conceptos estampados en nuestro artículo, y que ahora mismo estamos dispuestos a repetir, en elogio de su persona y de su abnegada labor de heurístico y los cuales conceptos, poseído como se halla de una soberbia extraña a la simpática bondad de su carácter, nos hace la ofensa de considerar irónicos y faltos de sinceridad. Oh ! lastimoso desconcierto del seso humano ! No comprender que bien se puede ser a la vez un buen caballero y un pésimo escritor !

Su opinión respecto de nuestra poca ciencia no nos daña ni nos mortifica. Todo hombre, como todo hecho y toda obra, es siempre objeto de opiniones contradictorias. Quién sabe cuántos tendrán de nuestra mentalidad una idea aun peor que la del señor Villanueva, y cuántos otros se hallarán situados en el extremo contrario. Lo que sí es muy singular a nuestro parecer es, que quien blasona de conocer a fondo tantas lenguas extranjeras desconozca casi por completo hasta la sintaxis de su lengua vernácula y carezca de la técnica más elemental.

En vano es que pretenda sorprender al público alardeando de profundos conocimientos lingüísticos, pues basta leer una sola de sus páginas para deducir al punto, que quien estropea la propia, mal puede tratar con nobleza las ajenas. Por eso nos permitimos aconsejarle, y ahora celebramos su propósito, de publicar en la lengua original los documentos que tiene recogidos. Así nos evitará el trabajo de tener que traducir sus traducciones, sin salvarnos por ello de la adulteración de los textos. Es a políglotos de esa talla a quienes más legítimamente puede aplicarse aquello de *traduttore, traditore*. Y no faltará por estos trigos quien traduzca bien para quienes, no siendo políglotos, sean aficionados a los estudios históricos.

Ahora bien: ¿de dónde ha sacado el señor Villanueva, que para juzgar en conciencia al Libertador sea condición indispensable el poseer muchos idiomas ? Con esta lógica podía muy bien llegar hasta afirmarse que habiendo vivido el Libertador en Curazao, no podría conocerlo bien quien no supiese traducir el papiamento. El conocimiento ordinario de las lenguas es de fácil acceso a todas las inteligencias, y el mismo conferencista de La Sorbona puede comprobarlo.

Bolívar nació español, español fué el medio en que le tocó actuar, españoles (colonos y peninsulares) fueron los ejércitos que mandó y los que combatió, en español pensó, soñó, habló y escribió sus maravillas, y en español se han cantado sus glorias, se han narrado sus proezas, y hasta en español, pedestre, galicado y todo, se ha pretendido detractarle.

Incorre en otro error incalificable el Doctor en Letras de la Facultad de París, cuando llama a su eminente progenitor — cuyo gran talento, sin embargo de no haber sido polígloto, somos los primeros en proclamar—el Tácito de América, fijándose precisamente en el historiador clásico que no pecó jamás de apologista, ni de exuberante, ni se le ocurrió divinizar a nadie, a pesar de las ideas de su época. Muy al contrario, el único defecto que se le enrostra al autor de los *Anales*, es la excesiva severidad en el modo de tratar a los hombres.

El señor Villanueva quiere, por último, abrumarnos con la especie de que el nunca bien llorado Mancini examinó " El Imperio de Los

Andes " sin encontrar nada de lo que nosotros hemos pretendido arrojarle en cara. Es un colmo! ¿ Qué podría decir Mancini ante la incalificable aseveración de que Bolívar fué partidario de la monarquía, cuando en todo su libro, desde el prólogo, le presenta como el símbolo inmortal del ideal republicano en América? *Le monde moderne évolua vers l'idéal républicain. Cet idéal, Bolívar en est, pour l'Amérique le symbole immortel.* Son sus palabras. Candidez, credulidad infantil la de nuestro compatriota, al juzgar como un acto de aprobación, lo que debió de ser, necesariamente, una piadosa cortesía del ilustre historiador de Bolívar. Casi estamos tentados a creer, en presencia de esta otra curiosidad, que el señor Villanueva no ha leído el libro de su " noble amigo."

En resolución: el señor Villanueva ha escrito todo ese largo artículo para repetir una vez más, *que el banquillo de Iturbide se presentaba como fantasma aterrador ante los ojos de Bolívar en los momentos mismos en que estaba pensando formalmente en el Imperio de Los Andes.*

No rompo, pues, mi pluma, dice en otra parte, no modifico ninguno de estos conceptos, una sola de estas conclusiones; no por testarudo, ni por necio orgullo, sino porque son resultado de largo estudio, de profunda meditación. A menos que se opongán nuevos documentos, capaces de imponerme una modificación.

De manera que para este venezolano, el Libertador Simón Bolívar, el Padre de la Patria, no es más que un cobarde farsante rodeado de traidores!

Con semejante contumacia toda polémica racional es imposible.

LAUREANO VALLENILLA LANZ.

Caracas: 16 de junio de 1914.

